



LOS ÚLTIMOS
CENTAUROS
PARTE II

David Padilla

LOS ÚLTIMOS
CENTAUROS
PARTE II



Primera edición: marzo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David Padilla

ISBN: 978-84-19748-16-4

ISBN digital: 978-84-19748-17-1

Depósito legal: M-7084-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia, amigos y a todos ellos
que han creído en el potencial de esta saga.
Agradecimientos y bendiciones infinitas.*

—Ni tú ni nadie golpeará tan fuerte como la vida, pero no se trata de qué tan duro golpees, sino de qué tan duro te golpeen y puedas seguir adelante, cuanto puedas resistir y seguir adelante. ¡Así es como se gana!

Ahora, si sabes lo que vales, ¡sal y busca lo que vales! Pero debes estar dispuesto a recibir golpes, y a no decir que no eres lo que quisiste ser, por él, por ella, ¡por nadie! Eso hacen los cobardes.

SYLVESTER STALLONE

UN NUEVO COMIENZO

Era una mañana cálida en Washington. Joel Albín todavía dormitaba en su cama y el rayo de luz ingresaba en su habitación molestando uno de sus ojos. El muchacho dormía acomodado del lado derecho, así permaneció en esa posición hasta que el incesante rayo de luz comenzaba a fastidiarle, obligándolo a tener que despertarse del sueño en el que se encontraba inmerso. Se acomodó, sentándose sobre su almohada, y bostezó larga y tendidamente por unos cuantos segundos hasta despejarse del sueño que todavía le insistía en regresarle el sueño.

Joel volteó hacia el buró puesto en su lado izquierdo. Sobre el mismo se encontraban fotografías de su familia cuando el muchacho todavía habitaba en su natal Zacatecas, México. También había otras fotografías recientes junto con sus amigos con los cuales había hecho el viaje hasta Grecia, cada uno de ellos portando togas académicas. Han pasado dos años desde que los muchachos viajaron a Grecia y conocieron a Trorus y sus centauros. En días recientes, Joel y sus amigos se graduaron en la Universidad, ahora son licenciados en Historia.

De manera repentina y desesperada, alguien tocaba muy fuerte y rápidamente la puerta de la habitación de Joel. De pronto, una voz se escuchaba del otro lado de la puerta.

—¡Joel, Joel! ¡Vamos, despierta que ya es momento! En unos momentos llegarán nuestros amigos. —Eran las palabras de Matías Farquarson.

Mismas que al escucharlas Joel de inmediato se puso de pie y caminó de forma rápida hasta la puerta, en tanto Matías seguía golpeando la puerta.

—¿Es verdad lo que dices? ¿Los chicos vendrán hasta acá? ¡Creí que no nos veríamos hasta pasado el mediodía! —Al concluir Joel de expresarse, abrió la puerta de su alcoba.

Matías no dejó de golpear la misma hasta que pudo ver a Joel frente a frente.

El mismo Joel salió corriendo desesperadamente de su habitación, balbuceando y llevando sus manos a su rostro.

—¡No puede ser, Matías, una vez más vuelves a cambiar mis planes! Yo tenía contemplado vernos hasta más tarde y ahora llegas tú para estropearlo todo —reclamaba Joel.

En tanto Matías se acercaba hasta su amigo de forma muy tranquila y hasta cínica, si podría decirse así, y este comentaba:

—Por favor, Joel, es demasiado temprano como para estar malhumorado. ¡Anda, ve y vístete! Yo ya me encuentro aseado y vestido para recibirlos.

Matías intentaba tranquilizar a Joel, pero las palabras del argentino no parecían causar algún efecto en el mexicano.

Una vez que Joel terminó de escuchar a Matías, el mexicano miró de arriba hacia abajo a Matías y su referencia respecto a su aseo y su aspecto no parecían concordar en nada. Matías vestía una camiseta deportiva color blanco, un pantalón deportivo azul marino, mismo que apenas podía llegar hasta sus rodillas debido al diseño de este. Y por último, unas sandalias, mismas que los cordones de cada sandalia respectivamente se interponían entre sus dedos.

—¡Si tú lo dices, amigo!

Joel regresó a su habitación para encerrarse de nuevo y alistar sus cosas para tomar un baño. Ahora al mexicano ya no le preocupaba en demasía el pequeño mal rato por el cual Matías le había hecho pasar. Joel salía de nueva cuenta de su habitación, se dirigía hacia el baño, mismo en el cual se encerró. La regadera comenzaba a sonar y en tanto Matías Farquarson se encontraba en la cocineta del apartamento, abrió su refrigerador y del mismo tomaba un envase de jugo de naranja; también tomaba de las bisagras de arriba un vaso de plástico color rojo.

Matías apenas se disponía a disfrutar de su vaso de jugo cuando alguien llamaba a la puerta. Matías lamentaba que lo interrumpieran mientras intentaba siquiera darle un pequeño sorbo a su jugo, por lo que no tuvo más remedio que atender a la puerta. La abrió. Del otro lado se encontraba Bradley Port, quien con ligero descaro cruzaba la puerta para ingresar al apartamento, llevando consigo un emparedado de pollo y con vestimenta mucho más presentable que el mismo Matías. Bradley no paraba de masticar su emparedado cuando Matías ya le cuestionaba acerca de por qué arribaba a su hogar de forma tan abrupta.

—Bradley, creí que llegarían un poco más tarde. ¿Qué es lo que haces aquí a tan temprana hora? —preguntaba el argentino a Bradley.

En tanto, el mismo Bradley lucía un poco sorprendido ante tal pregunta.

—¡Amm! No lo sé, decidí salir temprano de mi hogar y pasar a comprar un emparedado. Una vez que lo hice, opté por hacer de una vez la visita. ¡Espero no les moleste mi presencia, amigo! —explicaba Bradley.

Matías no pudo evitar que los gestos de Bradley le causaran gracia, por lo que su boca empezaba a dibujar una sonrisa en su rostro.

—No, descuida, solamente no esperábamos tener visitas a tan temprana hora. ¡Adelante, ponte cómodo! Joel no debe demorar en su ducha —invitaba Matías.

Instantes después, la ducha de la cual Matías hacía referencia se dejaba de escuchar y no pasaron más que unos cuantos segundos cuando la puerta del baño se abrió. Un vapor denso e incesante brotaba; del mismo también salía Joel con la parte superior de su cuerpo al descubierto y su cabello escurriendo agua por todo su cuerpo hasta llegar al suelo. Una vez que el muchacho se alejaba de la de la puerta del baño, Joel, al ver a Bradley reposando en uno de sus sofás, se impresionó un poco e incluso hasta llegó a asustarse, al borde de que el susto casi le provoca que su toalla con la cual se

cubría de su cintura hasta sus pies cayera, pero para fortuna de él y de los presentes, Joel pudo detenerla.

—¡Caramba, Joel! Por poco cae hasta el suelo tu toalla. Escucha, no era mi intención asustarte, pero, por favor, ¡ve a vestirme! —Se disculpaba Bradley, dejando perplejo al mismo Joel.

Después de lo que pudo ser un incidente, Matías intentaba ser de lo más discreto, pero el muchacho no paraba de reír. Joel no hizo más comentarios debido a la vergüenza que sentía y mejor optó por pasar a su habitación.

Una vez que Joel pasaba a su habitación, Bradley miraba a Matías y por fin ambos soltaron las carcajadas que ya no podían resistir más. Joel en su habitación escuchaba de las mismas, se lamentó por ellas, pero al fin de cuentas, sabía que no podía evitarlas. Minutos después, las carcajadas habían concluido, Matías se sentaba en el mismo sofá en el cual se encontraba sentado Bradley y ambos se tomaban un respiro y se secaban las lágrimas brotadas por sus ojos.

Más tarde, de nueva cuenta alguien llamaba a la puerta. Matías se paraba de su asiento para ir a atender. Sin pensarlo dos veces, el muchacho la abrió sin titubeos. Al hacerlo vio a sus tres compañeras con las cuales él y sus otros amigos suelen juntarse.

—¡Hola, Mati, buen día! ¿Llegamos en buen momento? —preguntaba Marisol Silvestre, siendo ella la primera en posarse frente a Matías; de igual manera la boliviana daba un paso al frente y saludaba con un beso cortés a Matías.

—No, no para nada, Marisol, adelante, por favor, sírvanse a pasar.

De igual forma lo hacía Lucía Morera, quien era la segunda en pasar al interior.

—Hola, Mati, buen día —saludaba Lucía y de igual forma que Marisol, también le brindaba un caluroso beso.

No muy convencida y quedándose hasta el final, avanzaba al interior del apartamento, dudosa de ingresar y mirando alrededor del mismo, esperando a no encontrar nada que le causara desagrado.

—Hola, Mati —era el seco saludo que le brindaba Carolina a Matías, en tanto la colombiana continuaba observando con cautela el interior del apartamento.

Extrañado con la actitud de Carolina, Matías respondía al saludo de su amiga y también observándola de una manera poco usual.

—Hola, Caro, ¡adelante! Pasa, por favor —respondía Matías al saludo.

Carolina terminó por pasar al apartamento y Matías finalmente cerraba la puerta.

Los muchachos se acomodaban a su gusto en los sofás de la sala. Matías y Bradley miraban extrañados a sus compañeras, quienes los miraban de la misma forma que ellos. Mediante gestos y señas, Marisol y Lucía intentaban explicar lo que sucedía, pero no conseguían el objetivo, hasta llegado el momento en el que las muchachas se detuvieron y Matías y Bradley también dejaron de insistir. Instantes después, Joel Albín salía de su habitación. De inmediato, un silencio bastante incómodo y miradas de la misma forma relucían entre los presentes, pero sobre todo entre Carolina y Joel, quienes al verse mutuamente a los ojos, sus miradas se vinieron debajo de inmediato.

La tensión entre ambos era bastante notoria. Joel saludó a cada uno de los presentes.

—¡Hola, amigos, buen día, me alegra verlos de nuevo! Hola, Caro —dijo la bienvenida Joel.

A Carolina, quien de inmediato despreció el saludo de Joel, quien terminaba de secarse su cabella con una toalla grande, sus amigos lo saludaron de nuevo.

—Bueno, amigos, me alegra verlos de nuevo. A decir verdad, no esperaba verlos hasta esta tarde, pero Matías se me adelantó y cambió todos mis planes —destacó Joel—. ¡En fin! La razón por la cual he pedido que todos nos reuniéramos es para acordar cuándo partiremos de vuelta a Atenas. Mi intención es que todos nosotros lleguemos directamente y sin escalas a Merthonis, no pretendo que nos hospedemos en un hotel como en la ocasión anterior. Consi-

dero que será bastante difícil sustentar un gasto de esa magnitud. Por ello, les pedí que sus ahorros fueran únicamente para los gastos de avión y de comida. ¿Alguno de ustedes tiene alguna duda o alguna pregunta?

Carolina fue la primera en mostrarse indiferente ante las palabras emitidas por Joel, quien de inmediato sintió su desdén, pero procuró hacer todo lo posible para evitar que le afectara. Sus amigos, a excepción de Carolina, se miraban los unos a los otros convencidos de las palabras del mexicano, por lo que cada uno de ellos se mostró de acuerdo.

—Muy bien, Joel, al parecer este viaje de regreso lo has planeado a la perfección. Propongo que partamos en aproximadamente dos semana. ¿Qué les parece? —preguntaba Bradley a sus compañeros.

Cuando culminaba de hablar, Carolina se puso de pie y se retiró de los presentes caminando hasta un pequeño balcón que se encontraba al final de la cocineta; nadie comprendía su malestar. Joel se puso de pie y fue de inmediato a alcanzarla. De nueva cuenta, los compañeros de Joel y de Carolina se miraban extrañados los unos de los otros, pero cada uno de ellos miró atentamente a Joel, quien caminaba hasta donde se encontraba Carolina, que salió hasta el pequeño balcón del apartamento.

—¡Carolina, Carolina! Por favor, ¿dime qué es lo que ocurre? —preguntaba Joel al salir al balcón y deslizar la puerta de cristal, la cual era el acceso a este.

Carolina permanecía triste e intranquila, de tal forma que la muchacha no pudo contener el llanto y comenzaba a plañir. Joel llegaba desde atrás y con su mano izquierda sujetaba su hombro derecho.

—No, Joel, no pretendas solucionar algo que desafortunadamente es imposible —expresaba Carolina, quien todavía continuaba en llanto y cubría su boca.

—Caro, llevas varias semanas enfurecida conmigo, sin embargo, aún no sé lo que está ocurriendo. Por favor, por favor, dime,

¿qué es lo que está ocurriendo? —Ahora era el turno de preguntar a Joel.

—Y es qué no puedo creer que hayas sido capaz de haber hecho eso. ¡Es imperdonable!

Joel no comprendía todavía de lo que hablaba Carolina, por lo que los gestos en su rostro se tornaban cada vez más preocupantes, pero el muchacho en todo momento procuraba no alterarse.

La discusión cada vez se tornaba más compleja, en tanto los amigos de la pareja se encontraban en la cocina escuchando a través del muro lo que Joel y Carolina discutían todavía en el balcón. De nuevo con Matías y el resto, estos se miraban y murmuraban mutuamente, sobre todo Matías y Bradley, quienes insistían en que Marisol y Lucía dijeran la verdad respecto a la situación presentada entre Carolina y Joel.

—Lucy, Marisol, por favor, tienen qué decirnos qué es lo que está pasando. ¿Por qué Joel y Caro viven este momento? —preguntaba Matías a sus compañeras.

De la misma forma lo hacía Bradley, el muchacho también esperaba con ansias una respuesta.

—Por favor, chicas, dígnanos qué es lo que sucede. ¡Estas ansias me están carcomiendo! —Exclamaba Bradley, esperando al igual que Matías una respuesta.

Joel y Carolina intentaban llegar a un arreglo, pero para Carolina la situación parecía insostenible. La muchacha no paraba de derramar lágrimas por la consternación y tristeza que sentía. Marisol y Lucía la veían llorar y sentían pena por ella. La misma Lucía miró a Bradley y Matías y respondió:

—¡Está bien, está bien! Si es tanta su insistencia les responderemos. Hace un par de días, una de nuestras excompañeras de la universidad narró a Carolina, mientras charlábamos en un café, siendo casual nuestro encuentro con ella. En fin, aquella chica, de nombre Helen Blair, quien afirmaba haber visto a Joel y a ustedes dos en una fiesta, a decir verdad mencionó el nombre de la persona de la cual era la fiesta; se trataba de Robert Ford que

celebraba su cumpleaños. ¿Lo recuerdan? —culminaba con una pregunta Lucía.

Matías y Bradley la miraban de una forma en la cual manifestaban saber de lo que les hablaba.

—¡Ah, sé a lo que te refieres! —destacaba Bradley—. Así es, Lucy, los tres asistimos a la fiesta de Rob, pero, a mi parecer, jamás hicimos algo de lo cual nos pudiéramos arrepentir. Además, Joel permaneció con nosotros la mayor parte del tiempo. Así que creo, amiga mía, que debes asegurarte respecto a tus fuentes. Pienso que todo lo que has dicho no es verdad.

Lucía permanecía pensativa y callada. Pero Marisol entraba en la conversación para explicar.

—Mis amigos, hay una buena razón para todo esto. Conozco a Joel y no creo que ese noble muchacho sea capaz de hacerle esto a Carolina, es un buen tipo y todo un caballero. Pero, por otro lado, debe de haber un fundamento en las palabras de aquella mujer. ¿Por qué habría de molestar a nuestros amigos con estos comentarios? —preguntaba Marisol a sus compañeros, ahora en esta ocasión dejando pensativos al resto de sus compañeros.

En tanto transcurrían los murmullos entre los muchachos, Joel y Carolina seguían enfocados en su discusión; no obstante, en todo momento Joel se mantuvo apaciguado y tranquilo, pareciera que las explicaciones y fundamentos que relataba Carolina no ponían nervioso a Joel. Volviendo con el resto de los muchachos, estos intentaban obtener una explicación razonable a lo que ocurría.

—Insisto, mis amigos, y estoy de acuerdo con las palabras de Marisol. Todos nosotros conocemos a Joel, sabemos que es incapaz de hacer algo así. Él adora a Caro, se ha sentido atraído a ella desde que empezamos la Universidad. Sería inconcebible que algo así ocurriera —hablaba Matías, intentando dejar en claro las buenas intenciones de Joel hacia Carolina.

Los muchachos comprendían las serias palabras de Matías y decidieron no objetar ninguna de ellas.

De un momento a otro, mientras los muchachos seguían escuchando la entonada discusión entre Carolina y Joel, esta primera entró de forma abrupta al apartamento, cansada y fastidiada de la discusión, sin dar anuncio. Carolina salía de la vivienda de Joel y de Matías. Joel en ningún momento dejó de seguirla para intentar convencerla de todo lo malo que se había rumorado respecto a él. En cambio, los amigos de la pareja, al percatarse de que estos entraban de nuevo al apartamento, se separaron del muro y regresaron hacia los sofás de la sala. Cada uno de ellos veía salir a Carolina llorando del apartamento con Joel por detrás de ella insistiendo en que se quedara a charlar.

—¡Caro, Caro! Por favor, quédate, necesitamos aclarar esto — gritaba Joel, pero en ningún momento Carolina se detuvo para escucharle.

El muchacho se detenía al borde de los escalones, mismos que descendía Carolina. Con cierta decepción, suspirando, ya no insistió más en seguirle, simplemente, se quedó allí parado. Instantes después, llegaban Marisol y Lucía, sintiendo un poco de lástima por Joel.

Las muchachas no esperaron más y bajaron por las escaleras sin hacer reclamo alguno a Joel, lo único que en verdad les apuraba era encontrar sana y salva a Carolina. Joel las vio bajar y tampoco hizo comentario al respecto. Casi de inmediato hicieron acto de aparición Matías y Bradley, quienes intentaban consolar a Joel.

—Estoy seguro de que esta situación tendrá solución, tú solo ten fe, Joel —hablaba Bradley, quien al mismo tiempo en que lo hacía sujetaba a Joel por el hombro manifestando su apoyo.

—Lo estoy, amigo —repuso Joel—, lo estoy. Es solo que... no comprendo cómo es que las personas buscan lastimar a otras mediante mentiras. Espero que Caro abra los ojos y se dé cuenta de su error.

—Vamos, Joel, regresemos adentro y tomemos juntos el desayuno. Ya no hay nada que ver aquí —invitaba Matías a pasar, tomando y jalando prácticamente a Joel para ingresar al interior del apartamento.

La puerta se cerró y por el momento el tema de Carolina ya no volvió a tocarse.

No obstante, en los siguientes días, Joel Albín insistió en retomar el tema respecto al asunto del viaje a los bosques de Merthonis para reunirse otra vez con Trorus y los centauros, un asunto que requería de urgencia una planificación a detalle.

ALLÁ EN MERTHONIS

En Merthonis. Justamente horas antes de la misma mañana que vivirían Carolina, Joel, Matías y el resto de los muchachos.

Wiltor y Dranthos caminaban por el bosque, de regreso de una caza de lo más fatigosa. Los rayos de luz penetraban entre los árboles, provocando un hermoso panorama en Merthonis. Wiltor no podía evitar contemplar los rayos de luz de cada árbol por el cual pasaba. Dranthos en cambio, quien caminaba al frente, parecía no sentir ningún pasmo al respecto (ya se había acostumbrado a los buenos paisajes), sino todo lo contrario. Este observaba detenidamente a los árboles por los que iba pasando. En cada uno de ellos observaba que justamente en la parte inferior de los mismos destacaban unos signos extraños los cuales no había visto nunca en su vida.

—¿No te parece fantástica la luz de día que penetra entre los árboles? —preguntaba Wiltor.

Dranthos no respondió a su pregunta, sino que levantó su mano derecha y dando la espalda a Wiltor indicó al centauro que guardara silencio. Dranthos caminaba hasta el árbol más próximo, se inclinaba hasta el suelo lo más que podía, quitaba del mismo árbol los arbustos que le estorbaban y allí encontraba lo que creyó ver desde un principio. Wiltor se acercaba hasta Dranthos, se inclinaba de igual forma en la que lo hacía Dranthos y ambos analizaban aquel símbolo extraño puesto en el árbol.

—¿Puedes verlo? —preguntaba Dranthos.

—¡Así es! —respondía Wiltor—. ¿Qué es exactamente lo que vemos?

—No lo sé, pero desde que pasamos unos cuantos árboles noté que se encontraban dibujados estos símbolos en ellos. Y no tengo la menor idea de lo que sean. Lo mejor será ir con Trorus y darle aviso al respecto.

Al culminar de hablar, a Wiltor le parecían alarmantes las palabras con las cuales finalizaba Dranthos. No cuestionó y estuvo de acuerdo

—¿A Trorus? ¿Por qué nuestro líder tendría que estar al tanto de esto? —insistía Wiltor en el tema.

—Tengo un mal presentimiento, Wiltor, no sé porque lo tengo, pero hay algo que me dice que estos símbolos pueden ser obra de los minotauros. ¡Vamos, demos aviso a los demás!

Después de haber hablado Dranthos, Wiltor no comentó nada al respecto, sino que de inmediato acató la orden de Dranthos y ambos galoparon rápidamente hasta la fábrica.

En el camino al campamento, ambos centauros continuaron observando los mismos símbolos en muchos de los árboles. Varios de ellos eran de diferente forma, pero, finalmente, cada uno de ellos parecía tener un objetivo, el cual Dranthos estaba dispuesto a averiguar. Los centauros llegaron hasta la entrada principal de la fábrica. En ningún momento se detuvieron para tomar un poco de aire, llegar hasta con Trorus para Dranthos era inminente... urgente.

En el interior de la fábrica, Trorus, junto con Leviannor, se encontraba en su habitación habitual. Dranthos y Wiltor dejaron las presas que servirían como alimento en el enorme armario en donde habitualmente guardan al resto de los animales muertos que son usados para comer. Una vez que lo hicieron ambos centauros, subieron hasta donde se encontraba Trorus y Leviannor. Al llegar a la habitación, Dranthos llamaba a la puerta.

—Buen día, Trorus. ¿Tienes un minuto para charlar? ¡Es importante! —insistió Dranthos, con Wiltor por detrás de él.

Tanto a Leviannor como a Trorus les extrañaba la insistencia de Dranthos.

—Por supuesto, hijo, vayamos a la habitación del final del pasillo si te parece bien —recalcó Trorus.

A diferencia de Dranthos, Wiltor tuvo la cortesía de saludar a Leviannor.

—¡Buen día, Leviannor! Dranthos y yo lamentamos la intromisión de manera tan abrupta. Te ruego nos disculpes —se disculpaba el centauro, una vez que los otros dos se alejaban para ir a la habitación del final del pasillo.

—Descuida, hijo, ¡Adelante, ve y reúnete con Dranthos y Trorus! —respondía Leviannor a las disculpas brindadas por Wiltor.

Este último se alejaba de la habitación en donde se encontraba Leviannor y se encaminaba a reunirse con los otros dos centauros, pero antes de ello, Wiltor regresaba rápidamente hasta donde se encontraba la centáuride.

—También me disculpo a nombre de Dranthos. Como podrás notar, se encuentra un poco disperso y alterado.

Ante las nuevas disculpas de Wiltor, Leviannor rio un poco y continuó haciendo sus labores.

—No te preocupes por el centauro, seguro que es importante. ¡Anda, ve! Deben estar esperándote. —De igual manera Wiltor sonrió y caminaba hasta la habitación con intenciones de reunirse con Trorus y Dranthos, quienes inmersos en la habitación, no pudieron esperar a Wiltor para que Dranthos diera el comunicado a Trorus; no obstante ambos centauros dejaron la puerta de la habitación a medio cerrar.

Trorus caminaba hasta el fondo de la habitación y contempló el panorama del bosque por unos segundos. Después se dirigía hacia Dranthos:

—Dime, hijo, ¿qué es lo que deseas comunicar con tanta urgencia? —preguntaba Trorus.

Antes de responder Dranthos, el centauro miraba al suelo y pensó severamente cuál sería la respuesta que daría a Trorus sin llegar a alterarlo y también hacérsela saber de la manera más prudente posible.

—Trorus —habló Dranthos—, antes de regresar hacia aquí me percaté que entre los árboles habían trazos por encima de sus raíces, extraños símbolos que, a decir verdad, nunca en mi vida los había visto. No es mi intención alterar a nadie, pero ver estos símbolos me alteró un poco. Dichos símbolos se los mostré también a Wiltor y creo que también en él despertaron una inquietud. Por ello, me gustaría que me acompañaras a verlos y me pudieras dar tus impresiones.

Para cuando culminó de expresarse Dranthos, la puerta de la habitación rechinaba conforme Wiltor ingresaba. Tanto Trorus como Dranthos se giraban para cerciorarse de que se trataba de él. Después, ambos centauros se miraban de nueva cuenta los unos a los otros. Dranthos esperaba una respuesta de Trorus a su petición.

—Está bien, hijo, vayamos ahora mismo. Hace un par de días me pareció ver símbolos dibujados por encima de las raíces de los árboles, pero opté por no prestarles atención —recalcaba Trorus ante la petición de Dranthos.

No perdieron el tiempo, dirigiéndose hasta donde se vislumbraban los símbolos.

Esa actitud urgente de Dranthos despertaba inquietudes entre el resto de los centauros y les miraron salir de la construcción, caminando con sigilo y prudencia por el lugar

—Dime, Dranthos, ¿qué impresión te generan estos símbolos? —preguntaba el líder de los centauros.

Dranthos se emparejaba hasta donde caminaba Trorus para poder responderle.

—Sinceramente, Trorus —atendía—, tengo un mal presentimiento. Creo que puede ser obra de los minotauros, nadie más habita estos bosque, únicamente nosotros y probablemente los minotauros. También lo harían a pesar de que tengamos mucho tiempo sin verlos. ¡Mira! Justamente allí, sobre aquel árbol que se encuentra frente a ti, hay un símbolo.

Los centauros caminaron hacia el sur y llegaron hasta el árbol. Se postraron frente al árbol, lo inspeccionaban y daban sus impresiones: